

## Una poesía de la brevedad

### Una palabra cada día

GUSTAVO ADOLFO GARCÉS  
Poesía Letra a Letra, Bogotá, 2015,  
90 págs.

EN 1992 se otorgaron los primeros Premios Nacionales de Colcultura. En la modalidad de poesía hubo dos ganadores: William Ospina con *El país del viento* y Gustavo Adolfo Garcés con *Breves días*. Creo que no ha habido, en la historia literaria del país, un mejor premio compartido que este. Ambos autores, tan disímiles en sus poéticas, eran merecedores del galardón. Y si pensamos en sus trayectorias, los dos son representantes notables de la poesía colombiana actual.

Hablar de sus diferencias expresivas es, de algún modo, referirse a dos mojonos que permiten comprender un mapa de la poesía escrita en español en general, y de la colombiana en particular, en los últimos años. Por un lado el esplendor de la palabra, su inevitable inclinación al barroquismo y, por el otro, el despojamiento y la desnudez verbal.

Ahora bien, si William Ospina es un heredero de la poesía de Walt Whitman y Pablo Neruda; Gustavo Adolfo Garcés lo es de la poesía oriental que entra al mundo hispánico por la vía de los modernistas y, en cierto modo, de la poesía coloquial norteamericana que pasa a Colombia por la vía de José Manuel Arango y Elkin Restrepo. Y menciono a estos dos poetas, a sabiendas de que hay otros más, porque son los referentes más inmediatos de Garcés a la hora de querer buscar filiaciones o hermandades. De hecho, a estos escritores está dedicado *Una palabra cada día*. En fin, mientras que Ospina intenta atrapar en sus versos caudalosos una especie de alma colectiva, una geografía cultural que nos concierne a todos; Garcés se recoge en la sobriedad y, sonriendo con escepticismo sosegado, traza una serie de cartografías misteriosas que, por supuesto, también nos definen.

Garcés es uno de esos escritores que ha logrado algo difícil: construir una obra con pocas palabras. Si hay un poema emblemático, entre varios

de su producción, que pudiera definir el carácter de esta labor sería el que culmina su libro *Espacios en blanco* (2000)

#### EL POEMA

Vapor  
humo  
pequeña isla de niebla

De algún modo, estos tres versos con su título podrían servir también para compendiar la razón de ser de esta poesía.

Los libros de Garcés no pasan de ser nueve opúsculos (el primero *Libro de poemas* es de 1987 y el último es el que interesa a esta reseña), y si se leen con cuidado, nos damos cuenta de que algunos poemas de unos libros pertenecen a otros ya publicados, y que varios de estos nueve títulos son, en realidad, antologías. Esto no lo señalo como un defecto, sino como una muestra de que esta obra persigue voluntariamente la brevedad, que su dominio es un territorio limitado y compacto y que en ello reside uno de sus rasgos más sugestivos.

En *Una palabra cada día* aparece lo que ya está claro desde el primer *Libro de poemas*. Garcés se manifiesta, maduro y certero, desde su primer libro. De tal manera que este último manifiesta la decidida certidumbre de una continuidad. No hay torpeza, o algo que tenga que ver con el aprendizaje de un estilo, en su primer libro y tampoco en el de *Una palabra cada día*. Garcés es un autor que ha encontrado su voz y ella permanece, inalterable, sencilla y honda, a lo largo de sus poemas.

Los que conforman las dos partes de *Una palabra cada día* (título que se vincula con su ineludible carga de cotidianidad a otros libros suyos como *Breves días* y *Libreta de apuntes* [2006]) son instantáneas, muchas de ellas de tipo ambiental. Una naturaleza, mediada por madrugadas, árboles, animales, nubes y grabados, se une a evocaciones de la infancia, la muerte y el amor. La primera parte, llamada como el libro, es tal vez la más interesante. En primer lugar, porque allí están los poemas nuevos de Garcés (la segunda, “Hasta el fin de los números”, es una selección de poemas ya publicados); y en segundo, porque el lector se encontrará con

los poemas más contundentes.

En algunos de ellos el eco del haikú es insoslayable y, al leerlos, se entiende una vez más que en el poema breve fulgura el instante provocando en el lector ese inolvidable espacio de pura intensidad mental. Tal sucede, por ejemplo, en

#### LOS PELÍCANOS

Juntos  
en el cielo  
son humo blanco

En

#### ESTAMPA CHINA

Hay rocío  
en el césped  
todo lo alumbraba  
la magnolia

Y en

#### ORACIÓN

En la carreta  
que remolca el buey  
van las montañas

En ellos la parte dialoga, hasta fundirse, con el todo. Lo fugitivo tiene el poder de atravesarnos y perdurar en nuestra sensibilidad con la condición del relámpago. Lo minúsculo resplandece, mejor dicho, con modestia en el vasto horizonte del cosmos.

En la persecución del secreto, o del milagro, que hay encerrado en lo que pasa todos los días (la labor del poeta es, y tal es el credo de Garcés, atrapar este brillo arduo, casi inasible, en el poema), hay intersticios donde pervive la violencia de una determinada geografía. En *Libreta de apuntes* aparece el poema:

#### PAÍS

Poco sabemos  
poco recordamos  
todo fue contienda

La aparente generalidad, vaga y tremenda, que nombran estos tres versos se vuelve más precisa y territorial en “Breves días” con el poema “Puerto Casabe” en el que alguien, en plena fiesta, pide silencio para que puedan escuchar el canto de los muertos que bajan por el río. Este tema de la violencia rural, aunque con una atmósfera

más amplia y a la vez más condensada, aparece en un poema de *Una palabra cada día* titulado de la misma manera:

PUERTO CASABE

Redes secándose  
olor a pescado  
muchachas  
y los muertos que bajan por el río

En la segunda parte, “Hasta el fin de los números”, sobresale el tema de la búsqueda de la palabra poética. En algunos de estos textos, numerados aleatoriamente, las horas son precarias y nada dicen al poeta. Las palabras se tornan escurridizas aunque a veces logren volverse sabias. Uno de esos poemas dice con mayor claridad la sensación de impotencia pero que logra, paradójicamente, rozar la esencia de la revelación:

EL ARROYO

está hecho de palabras  
que no alcanzo

Así, el rastrear las palabras definitivas, “esos pequeños episodios que ruedan al olvido”, se presenta como la gran columna vertebral en este aparte del libro. Los contornos inciertos de un poema aparecen y los versos no conducen a ningún lado y todo es pregunta sin respuesta, soledad y susto. Todo en el poema, en verdad, está pronto a la ruina. Pero, repito, en este vaivén por una especie de frustración nominal, surge el indicio de que en la ausencia de verdad también palpita la verdad. Y está la certeza de que las palabras son capaces de envejecer y arder al mismo tiempo. No cabe duda de que en los poemas de Garcés, así surjan de lo oscuro y de una larga travesía por días inciertos, es el ardor luminoso lo que prevalece.

**Pablo Montoya**